

Una casa en la oscuridad



Modernos y Clásicos de El Aleph

José Luís Peixoto

Una casa en la oscuridad

Traducción de Antonio Sáez Delgado



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original portugués: *Uma Casa na Escuridão*

© José Luís Peixoto, 2002

Primera edición: septiembre de 2008

© de la traducción: Antonio Sáez Delgado, 2008

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.

El Aleph Editores,

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Liberdúplex, S. L.

Depósito legal: B. 39.231-2008

ISBN: 978-84-7669-827-3

MISERICORDIA TUA MAGNA EST SUPER ME

Déjalo, dice ella. La culpa no es mía.
Ni mía. Digamos que tenemos que pagar
por los pecados de nuestros padres.
Eso es innecesariamente cruel, dice ella con
frialdad.
¿Y desde cuándo es necesaria la crueldad?,
pregunta él. ¿Y en qué cantidad?
Lee los periódicos, no he sido yo quien ha
inventado el mundo.

MARGARET ATWOOD,
El asesino ciego

I

EL AMOR

Alabad al Señor todas las naciones,
aclamadlo todos los pueblos:
firme es su lealtad con nosotros,
su fidelidad dura por siempre. ¡Aleluya!

Salmo 117, 1-2

Érase una vez el atardecer. Era un septiembre entre los septiembres de mi vida. Estaba sentado en la terraza, en la mecedora, leyendo un libro con las páginas amarillentas por la luz de la tarde. Me balanceaba muy despacio, como si me hubiese dormido con el balanceo y las piernas siguiesen, de forma mecánica, clavándose en el suelo y levantándose poco a poco. Mi madre estaba sentada en el butacón grande, en el otro extremo de la terraza, ante la puerta de la cocina. La esclava miriam había acabado de bañarla y de peinarla. Los gatos estaban tumbados unos encima de otros, respirando sobre el suelo. A veces se levantaba alguno y, con mucha altivez, rozaba con su cuerpo las piernas de mi madre, o las piernas de la esclava miriam, o mis piernas. Mientras la peinaban, mi madre había cerrado los ojos. Tenía el pelo extendido sobre el respaldo del butacón, la carne arrugada por el agua y la piel enrojecida. Sin que se escuchasen los pasos de sus pies pequeños, la esclava miriam se colocó delante de mi madre y se agachó. Sacó del bolsillo del mandil unas tijeras, colocó uno de los pies de mi madre en su regazo y empezó a cortarle las uñas. Levanté la vista del libro para verlo. Entre sus dedos delicados, el pie grueso de mi madre era un objeto grotesco. Volví al libro y sentí que las palabras huían de mi mirada. Las palabras, nerviosas, se agitaban como si quisiesen salir de la página y desaparecer en una libertad de palabras huidas por el cielo. Bajé

el libro y miré al frente. La montaña que tenía delante, todo el paisaje, los últimos pájaros, el jardín y las plantas, todo seguía igual. Cerré el libro señalando la página con un dedo y vi que todo el libro temblaba. Ese libro había estado, durante años, en la biblioteca. Su lomo azul había estado en la segunda estantería, frente a la puerta, durante años. Su lomo azul había estado durante años entre libros de lomos rojos. Cuando yo era pequeño y jugaba con mis cochecitos, los arrastraba por las estanterías, que eran autopistas, y entre los libros, que eran casas altas, aquel libro de lomo azul era siempre mi casa. Cogía el coche entre el índice y el pulgar y lo llevaba hasta mi casa, que era aquel libro de lomo azul, aparcaba al lado de las otras casas rojas y, con la imaginación, entraba en casa, dormía una noche que pasaba en segundos y volvía a entrar en el cochecito y volvía a conducirlo por las autopistas de las estanterías. Ese era el libro que temblaba en mi mano. Por un instante, temí una revolución de las palabras pero, al soltar el libro, me di cuenta de que era mi mano la que temblaba. Era mi mano derecha la que temblaba. Incómodo, me quedé por un momento mirando cómo me temblaba la mano como si no fuese mía, como si fuese la mano de otra persona. Me quedé mirándola sin ser capaz de pararla. A partir de ese día, y durante todos los días siguientes, la mano derecha me empezaba a temblar al ponerse el sol y seguía durante toda la noche.

Nunca supe por qué escribía. Cuando escribía, me sentaba al escritorio, cogía una hoja blanca, buscaba mi bolígrafo y encontraba, una a una, las palabras. Durante años me acostumbré a ver cómo mi padre cumplía el mismo ritual. Mi padre escribía sonetos. Después de cenar, todos los días, se sentaba al escritorio, encendía su pipa y empezaba a escribir y a tachar, a escribir y a tachar, escribiendo, leyendo en silencio, meditando, tachando y escribiendo. Mi madre se sentaba a bordar. Al final de la velada, mi padre había acabado un soneto y nos íbamos a

dormir. Cuando alguien venía a cenar a casa, nos íbamos del comedor al salón. Las señoras tosían muy bajito y mi padre leía algunos sonetos. Al final todos aplaudían sin que se oyese. Las señoras se miraban las unas a las otras. Los señores decían muy bien y le daban la mano a mi padre. Cuando cumplí dieciséis años, mi padre me regaló el bolígrafo con el que escribí mi primer cuento, mi primer relato, mi primera novela. Todo lo que me ha transformado en escritor fue escrito con aquel bolígrafo. El mismo que, exactamente diez años después de que me lo regalase, arrojaría al fuego hasta ver cómo se transformaba en nada, ni siquiera una brasa que se desvanece ni un montón de cenizas con forma de bolígrafo.

Aquella noche, durante toda la cena, la esclava miriam entró y salió con bandejas llenas y vacías que se comía mi madre, como si todas fuesen la primera. Mi madre con la barbilla llena de salsa. Mi madre, que antes sólo comía con cuchillo y tenedor, se llenaba la boca de pedacitos de lomo y arroz con una cuchara. Comíamos lomo y arroz todos los días. Todos los días mi madre tenía la barbilla llena de salsa. Cuando empezamos a comer lomo y arroz con una cuchara todos los días, cuando mi madre dejó de comer con cuchillo y tenedor, intenté hacer lo mismo. Quizá intentaba que ella se fijase en mí. Quizá quería que me mirase. Durante algún tiempo, intenté comer la misma cantidad de comida y repetir al momento. La esclava miriam entraba para servir lomo y arroz en el plato de mi madre y lo hacía también en el mío. Esos días me quedaba muy lleno. La comida me llenaba por completo. Tenía lomo y arroz en los brazos, en las piernas, en todo el cuerpo. Sentía que mi sangre estaba hecha de salsa y que mi corazón estaba hecho de lomo y arroz. Mis pulmones estaban hechos de lomo y arroz porque respiraba lomo y arroz. Un día, después de cenar, sentado al escritorio, vomité sobre tres páginas de un cuento que había empezado a escribir. Nunca acabé ese cuento y renuncié a hacer

lo mismo que mi madre. De cualquier modo, aquellas semanas de esfuerzo no habían servido para nada: mi madre no se había fijado en mí y, cuando me miraba, lo hacía con ojos ciegos, grandes ojos de agua que no veían el sitio al que miraban. Volví a comer con normalidad, con cuchillo y tenedor, y renuncié a mi madre. Aquella noche me quedé sentado, con la servilleta sobre las piernas y el plato vacío, mirando cómo me temblaba la mano. Sobre la mesa, bandejas partidas, cubiertos viejos y gastados por los años, platos rotos por abuelos de abuelos. Me levanté cuando se levantó mi madre. Aquella noche no me senté al escritorio. La mano no dejaba de temblar y, en mi interior, temblaba una preocupación. Me quedé allí. Por entonces, la mejor amiga de mi madre era la dueña del palacio de siliae. Sin moverme, oí cómo hablaban por teléfono. La voz de mi madre era un sonido deformado por los pasillos y que me parecía un recuerdo, algo vago e impersonal. No entendía realmente lo que decía porque no me interesaba. Pero la oía, porque era el único ruido que se podía oír en toda la casa. Antes de que mi madre discutiese con la dueña del palacio de siliae y de que la llamase imbécil y la echase a patadas por las escaleras abajo, era costumbre que viniese y cuchichease delante de una taza de té con mi madre. Tenía una esclava, creo que se llamaba maria, que tenía una cara dulce y maternal. Tenía una cara que reconfortaba, una cara que decía bueno, bueno, ya pasó, una cara que te mimaba sólo con mirarla. Así que mi madre y la dueña del palacio de siliae se encerraban en sus cuchicheos, y yo buscaba a la esclava maria y me quedaba escondido durante horas, admirando tanta ternura. El día en que mi madre discutió con la dueña del palacio de siliae, la llamó imbécil y la echó a patadas por las escaleras abajo, sentí que acababa una fase de mi vida.

Sin ser capaz de escribir, sin ser capaz de pensar, desanimado, me fui a la cama. Me puse el pijama y me deslicé bajo el peso de las mantas y las sábanas. Aunque era de-

masiado temprano como para tener sueño, quería obligarme a dormir. La mano me temblaba entre las sábanas. El último libro que había escrito me había dejado extenuado. Una novela con un padre y un hijo que morían, con dos hermanos siameses que morían, con un hombre muy viejo que moría. Una novela que había sido, de forma obsesiva, mi vida durante un año. Una novela en la que las palabras eran todo aquello en lo que creía. Llegué a pensar que esa sería la razón por la que me temblaba la mano. Siempre escribía con el bolígrafo que me había dado mi padre. Siempre escribía con la mano derecha. Mi mano derecha tiene su historia. Cuando era pequeño, la esclava madalena, madre de la esclava miriam, se dio cuenta de que yo hacía todo con la mano izquierda. Se lo dijo a mi madre, mi madre se lo dijo a mi padre, y mi padre ordenó a la esclava madalena que me atase la mano izquierda a la espalda. Estuve dos meses con la mano atada, haciéndolo todo con la derecha. Cuando me desataron la mano, en una ceremonia que presencié toda la familia, hasta los primos del extranjero, no volví nunca más a hacer nada con la izquierda. Pasé a ser un niño normal. Creo que recordé esta historia cuando estaba acostado, sin ser capaz de dormirme. Daba vueltas en la cama. Me ponía de un lado y después del otro, me ponía boca abajo y después boca arriba y después de lado, me daba la vuelta y no estaba bien en ninguna posición. Las sábanas, que estaban frescas, se transformaron en una pasta tibia que se pegaba a la piel, un estorbo viscoso y espeso. Cerré los ojos con fuerza y me fijé en lo que veía. Lo hacía desde pequeño, lo descubrí por casualidad y creía que era la única persona del mundo que lo hacía. Cerraba los ojos y veía. Veía lo que se ve con los ojos cerrados. Veía el negro dentro de mí y veía los puntos de luz que lo parten, las ondas de luz, las figuras abstractas de luz, los bultos de luz, las sombras de luz dentro de la luz del negro en mi interior. Esto es lo que se ve cuando cerramos los ojos

y seguimos viendo: el color negro y los pequeños seres de luz que viven en él. Y no somos capaces de mirar fijamente ni el negro, ni la luz. Los puntos o las líneas o las figuras de luz escapan de nuestra atención. El negro es tan absoluto, tan profundo y tan infinito que la mirada avanza por él sin encontrar un lugar en el que detenerse. Pero aquella noche empecé a distinguir algo dentro del negro. Lentamente, despacio, uno a uno, los pequeños puntos luminosos se deslizaron por el negro y, por primera vez, vi que seguían una dirección. Se acercaron lentamente unos a otros, con una armonía en la que aún no existía la lógica. Después, lentamente, todo muy lentamente, los puntos de luz formaron cordones de luz que eran líneas de luz sobre el negro. Después, empezaron a surgir contornos de caras y cuerpos. Muy lentamente, muy despacio, uno a uno, empezaron a surgir los rasgos de la cara más bonita que había visto nunca y del cuerpo más bonito que había visto nunca. Era un cuerpo de luz sobre el negro. Era una mujer. La miré hasta que estuvo completa. La miré hasta tener la seguridad de que nunca, nunca vería a otra mujer más bonita en mi vida. Deslumbrante. Incluso después de estar seguro de ello, seguí mirándola. Ella también me miraba. Con timidez, sin saber quizá si podía sonreír. La piel, que no podía tocar, era la piel de una novia pura a la que apetece besar y no se puede, la piel imposible de una novia que camina hacia el altar con flores en el pelo. Las manos tenían toda la ternura y toda la elegancia del mundo, si el mundo bastase para tanta ternura y tanta elegancia. Llevaba un vestido ligero, una tela blanca que se ajustaba a su cuerpo. Tenía unos labios delicados. Tenía una larga melena de mujer. Cuando abrí los ojos y me levanté de la cama, conservaba aquel milagro vivo en mi interior. Descalzo, despeinado, en pijama, atravesé la casa. Me senté al escritorio. Con la mano temblorosa, cogí el bolígrafo. Y, en cuanto puse la punta del bolígrafo sobre la hoja de papel, la mano dejó de temblar. Empecé a escribir

las primeras palabras del que, imaginaba con una seguridad infinita, iba a ser mi mejor libro. Tenía veinticinco años, seis meses y diecinueve días.

Escribí hasta que llegó la mañana a la ventana. El sol iluminaba los ojos de los gatos esparcidos por el salón, sentados, echados con los ojos abiertos. El sol iluminaba el sofá grande, el rojo pardusco bajo una capa de pelos de gato. El sol llegaba al escritorio y el día se extendía sobre las hojas blancas. Escribí dos páginas. Describí la cara, los ojos, los labios, la piel, la melena. Describí el cuerpo, los senos bajo el vestido, el vientre bajo el vestido, las piernas. Describí el silencio. Y, cuando me parecía que las palabras eran pocas para tanta y tanta belleza, cerraba los ojos y me detenía para mirarla. Tras su esplendor venían las ganas de describirla y, cada vez que repetía ese ejercicio, conseguía escribir dos palabras o, como máximo, una frase. Cuando la mañana llegó por la ventana, me levanté y me volví a la cama. Me dormí mirándola. Me dormí con ella en mi interior.

Nunca me había enamorado de verdad. Desde los dieciséis años conocí a muchas mujeres, y sentí algo por todas. Cuando leía en sus caras una mirada diferente, extasiado, me dejaba llevar y, durante algunas semanas, creía que estaba enamorado y que las amaba. Pero después, el tiempo. Siempre el tiempo como una brisa. Un viento suave pero definitivo que empujaba mis sentimientos, dejándolos en el fondo y enseñándome que, en la distancia, eran pequeños, muy pequeños y sin valor. Y siempre, únicamente, la soledad. Siempre. Yo solo, viviendo. Solo, viendo cosas que no se repetirían; solo, viendo cómo se gastaba la vida en la erosión de mi memoria. Solo, con pena de mí mismo, ridículo, pero sufriendo mucho. Nunca me había enamorado de verdad. Muchas veces dije te amo, pero siempre me arrepentí. Siempre me arrepentí de las palabras.

Me desperté sonriente. Me vestí con rapidez. Encendí

un cigarro. La esclava miriam estaba rascándole la espalda a mi madre en la cocina, yo dije hasta luego y salí. Había gatos en la terraza. Tuve que subir con cuidado para no pisar a ninguno de los gatos que estaban en la escalera. Por el patio había gatos que vinieron a rozarse con mis piernas para despedirse. Sentado en el coche, cerré los ojos y, en mi interior, vi que ella todavía estaba dormida. Tenía las manos, sus dedos frágiles, bajo la cabeza. Tenía el rostro sereno. Respiraba en silencio, como un campo en primavera. Con los ojos abiertos, entré en la autopista a gran velocidad. Había quedado con mi editor y ya iba tarde. Le había prometido una novela para antes de que acabase el año, y tenía novedades que lo animarían. En el asiento del copiloto estaban las dos páginas que había escrito la noche anterior y sabía que, cuando se las enseñase, sonreiría, porque tanto él como yo sabíamos que cuando empiezo a escribir un libro no paro hasta llegar al punto final del último párrafo de la última página. Casi me choco con la mediana de la autopista en dos ocasiones. Una vez por mirar las páginas sobre el asiento, la otra por cerrar los ojos para ver si ella ya se había despertado. Todavía estaba durmiendo, como una flor, como un cielo limpio. Entré en la ciudad y todos los semáforos se encendieron a mi paso. Llegaba un cuarto de hora tarde. Normalmente los guardias protestan cuando se llega tarde y responden a todas las disculpas con la visita es a las cuatro, pero aquel día estaban extrañamente cordiales. Ni siquiera me registraron, sólo me preguntaron en qué pabellón estaba, me preguntaron si le había traído algún paquete de tabaco y, ante mi respuesta negativa, me dejaron seguir. Cuando llegué a la sala de visitas, él ya estaba allí. Vestido con su uniforme azul, vino hasta mí con los brazos abiertos y dijo tú eres el único que se acuerda de mí. Por entonces, mi editor ya llevaba casi tres años en prisión. Había sido cogido en flagrante delito rechazando el libro de un joven escritor, diciéndole ya sabe cómo son las

cosas, se lee poco, y más aún a un autor joven del que nunca se ha oído hablar. En el juzgado, donde fui testigo de la defensa, sobre todo pesaron contra él varias cartas, firmadas por él mismo, en las que había escrito únicamente: adjunto devolvemos el original enviado para lectura, lamentando informarle de que el mismo no ha sido seleccionado para su publicación. Le cayeron diez años. Al principio, fue muy difícil. Los editores y los pedófilos son los peor tratados en las cárceles. Aunque nunca me lo contó, supongo que lo violarían.

A la hora de la visita, todos nos miraban de reojo. Los niños con más mocos, los más despeinados, hijos de traficantes y de chulos, apuntaban con el dedo a mi editor, se acercaban y le daban patadas. Las gitanas viejas que pasaban a su lado escupían al suelo y lo maldecían. Los hombres, sin motivo, le preguntaban si quería ganarse un puñetazo. Las chicas con melenas oxigenadas del color del sol le tiraban colillas encendidas de cigarros. Todos sabían que era editor y todos lo despreciaban. A mí, los editores nunca me han molestado. Estaba acostumbrado a verlos desde niño. Hablaba con ellos. A los editores les sorprendía y no sabían si debían responderme. Miraban a la esclava madalena, que miraba a otro lado. Y yo volvía a hablar con ellos. Los editores me respondían y me hacían las cosas que se hacen a los niños. La esclava madalena no decía nada a nadie. Era pequeño y no sabía que era un secreto que teníamos. Por eso, los editores nunca me molestaban. Entraban por la puerta de la cocina. La esclava madalena, con cariño, les ofrecía un plato de sopa y, entrando en el salón y pidiendo todo tipo de disculpas, le decía a mi padre que había un editor en la cocina. Mi padre le decía que le preguntase cuál era el asunto que le había llevado hasta allí. La esclava madalena volvía a la cocina y repetía la pregunta ante los ojos huérfanos del editor y éste, invariablemente, decía que venía para saber si ya estaba listo el nuevo libro de sonetos. La esclava ma-

dalena volvía al salón y, cuando regresaba a la cocina, o simplemente le decía todavía no, o le llevaba el pequeño volumen de páginas manuscritas y atadas con una cinta roja sobre una bandeja de plata. Yo era muy pequeño y estaba muchas veces jugando en la cocina, y lo vi muchas veces. Tres días después de terminar de escribir mi primera novela, estaba en la sala con mi padre cuando entró la esclava madalena. Dijo que había un editor en la cocina. Mi padre le dijo que le preguntase cuál era el motivo que le había llevado hasta allí. Cuando regresó diciendo que el editor había venido para saber si el nuevo libro de sonetos ya estaba listo, mi padre ordenó que le dijese que todavía no, pero que yo había acabado una novela y ordenó que le preguntase cuándo la podría publicar. La esclava madalena fue a la cocina y volvió diciendo un mes. Mi padre sacó del cajón una cinta roja y ató el manuscrito. La esclava madalena fue al comedor a buscar la bandeja de plata.

Nunca, por más que me cruce con personas que leen mis libros en las paradas de autobuses, nunca, por más que vea universitarios que caminan despreocupados con mis libros bajo el brazo, nunca, por más que traduzcan mis libros y haya personas que los leen en lenguas llenas de consonantes, nunca me dejará indiferente el momento en el que alguien lee un libro mío cerca de mí. En las palabras que he escrito permanece lo que he pensado durante un momento, o durante un año, o durante toda la vida. En las palabras que he escrito permanece lo que fui, lo que no sé si soy todavía. Cuando alguien lee un libro mío cerca de mí, soy un niño avergonzado. En la sala de visitas de la cárcel, mientras mi editor leía, yo cruzaba y descruzaba las piernas, cruzaba y descruzaba las piernas, encendí un cigarro y lo apagué, encendí otro cigarro y lo apagué. En mi interior, ella despertó muy lentamente, estiró los brazos con delicadeza, cerró sus manos de dedos frágiles y se frotó los ojos con la tierna suavidad de los ni-

ños que se despiertan. La tranquilidad con la que me sonrió me hizo sonreír y me tranquilizó a mí también. Abrí los ojos. Mi editor terminó de leer. Levantó la mirada del papel y la clavó en la mía. Dos hombres de verdad. Nos levantamos y nos abrazamos, amigos, hermanos en aquel gran instante. De pie, nos quedamos abrazados en el centro de la sala de visitas. Los demás, presos y familiares, nos tiraban todo tipo de basura: latas, servilletas sucias, cáscaras de fruta, pañuelos usados.

Durante las semanas siguientes, todas las noches, tras la cena, mi madre se tumbaba de lado en el sofá grande. Los gatos se echaban encima de ella, como una manta de gatos de muchos colores que sólo le dejaban fuera la cabeza. La esclava miriam se sentaba en el suelo, con un cuenco lleno de aceitunas rajadas y otro cuenco vacío. Yo me sentaba al escritorio. La esclava miriam cogía una aceituna con dos dedos y la hacía desaparecer en los labios en forma de aceituna de mi madre. El pequeño fruto daba una vuelta en la boca, y el hueso era escupido en la mano de la esclava miriam, y hacía toc en el fondo del cuenco vacío o hacía tic cuando un montón de huesos cubría ya el fondo del cuenco. Sentado al escritorio, mi espera era dulce porque tenía la seguridad de que el instante llegaría. Sentado al escritorio, la dulzura de mi espera estaba en todos los rincones de la sala: en la cal cansada de las paredes; en la luz que dibujaba las sombras tenues de mi espera; en las alfombras rancias y viejas; en los cuadros que, de tanto conocer sus paisajes, ya no veía; en la ventana y en la noche que la prolongaba hasta detenerse lejos, en la montaña grande y negra. Cuando la esclava miriam y mi madre se marchaban, yo empezaba a escribir. Nunca he sido tan feliz como en aquellas noches. Cerraba los ojos y la veía en mi interior. La mujer más bella del mundo. Iba sabiendo más de su rostro, iba sabiendo más de su mirada, que me veía y que brillaba. Permanecíamos durante horas tan sólo mirándonos el uno al otro. A ve-

ces, cuando era de noche, cerraba los ojos para verla. Después, había una luz que empezaba a atravesarme lentamente los párpados. Abría los ojos y era ya de día. En aquellas horas nos conocimos. Yo veía a una mujer que me miraba: sus ojos atentos a cada brillo con el que mis ojos interiores le decían que cualquier cosa de la belleza o del mundo me llevaba hasta ella. En aquellas horas, sin hablar, crecieron convicciones dentro de nosotros. Aún hoy no lo puedo explicar. La belleza, como el amor, son misterios prohibidos. En aquellas horas, la belleza y el amor eran sencillos. En nuestras miradas se abrían caminos para la belleza y para el amor. Yo la miraba en el mismo instante en el que ella me miraba. Ese era el misterio, el milagro, el sencillo laberinto que usamos para conocernos y para decirnos palabras de silencio: palabras grandes, profundas, abismos, palabras que eran de sangre y que allí, yo un chico, ella una chica, parecían palabras de sol tierno y de sol suave. Hoy sé que, en aquellos tiempos, la belleza de la mujer de luz que estaba en mi interior se había mezclado con aquel sentimiento. Aquel sentimiento. Aquel sentimiento que era un entusiasmo que me gobernaba a cada instante, una fiebre de la que no era capaz de salir aunque quisiese, aquel sentimiento que era una palabra: amor: una palabra extraña porque era importante, yo creía que era una palabra importante, pero sabía que era una palabra que yo, desde que tenía dieciséis años, había convertido en vulgar. Aquel sentimiento que era una palabra, y yo me preguntaba a mí mismo cuántas personas la habrían convertido en vulgar. Sentía que sentía totalmente aquel sentimiento. Amaba y era amado. Aquellas noches, escribía. Y las palabras, el texto delante, le daban una vida exterior a mí. Después de que mi madre acabara todas las aceitunas, después de que se levantara, pesada, para irse a la cama, después de que la esclava miriam metiese el cuenco lleno de huesos dentro del otro ya vacío y se fuese también a la cama, escribía.

Me acomodaba en la silla. En los instantes en que dejaba de escribir, apoyaba el brazo derecho junto a las hojas escritas y lo veía temblar. Ya no me preocupaba. La seguridad de nuestro amor me tranquilizaba. Al escribir, algo nuestro se unía. Al escribir, sentía que pasaba a través de mí, sentía que me atravesaba. Después, cerraba los ojos y la veía sonreír. En mi interior, sí, pero un poco de su cara de ángel y de la profundidad de su mirada y de sus gestos suaves existían en la página, en el texto. A veces me levantaba, cogía las hojas, que me temblaban en la mano, y las leía despacio. Tras cada frase, me detenía y la escuchaba leída en la memoria. Ella era el texto. Cada palabra la nombraba, cada palabra era el nombre de sus gestos y de todo lo que era bello. Ella era el sentido de las palabras. No era material ni inmaterial. Era el sentido de las palabras. Ni siquiera tierra, ni siquiera cielo, estrellas, noches. Existía más allá de lo que podemos tocar o entender. Era cuanto existía, porque yo la sentía. Existía en mi interior y existía en el texto para quien lo leyese. Existía porque existía, porque existía para ser sentida. Pasaban las noches y nos conocíamos. Al estar en mi interior y en el interior del texto escrito por mi mano, llegué a pensar que era una parte de mí. Me equivocaba. Ella era más grande que yo. En mi interior, existía más allá de mí. Era preciosa. Yo creía que conocía el significado del amor.

El amor es la sangre del sol dentro del sol. La inocencia repetida mil veces en la voluntad sincera de desear que el cielo lo comprenda. En la respiración vegetal del amor se levantan tempestades frágiles y delicadas. Como una planta que crece en la tierra. El amor es la luz del sol que bebe la voz dulce de esa planta. Algo dentro de algo profundo. El amor es el sentido de todas las palabras imposibles. Atravesar el interior de una montaña. Correr por las horas originarias del mundo. El amor es la paz fresca y la combustión de un incendio dentro, dentro, dentro, dentro, dentro de los días. En cada instante de la mañana, el

cielo se desliza como un río. Por la tarde, el sol como una certeza. El amor está hecho de claridad y de la savia de las rocas. El amor está hecho de mar, de olas en la distancia del océano y de arena eterna. El amor está hecho de muchas cosas opuestas y verdaderas. Nacen lugares para el amor y, en esos jardines etéreos, la salvación es una brisa que cae suavemente sobre el rostro.

Yo creía de verdad que el amor es la sangre del sol dentro del sol. La inocencia repetida mil veces en la voluntad sincera de desear que el cielo lo comprenda. Yo creía que en la respiración vegetal del amor se levantan tempestades frágiles y delicadas. Como una planta que crece en la tierra. El amor es la luz del sol que bebe la voz dulce de esa planta. Algo dentro de algo profundo. Yo creía que el amor es el sentido de todas las palabras imposibles. Atravesar el interior de una montaña. Correr por las horas originarias del mundo. Yo creía que el amor es la paz fresca de un incendio dentro, dentro, dentro, dentro, dentro de los días. En cada instante de la mañana, el cielo se desliza como un río. Por la tarde, el sol como una certeza. Yo creía que el amor está hecho de claridad y de la savia de las rocas. Yo creía que el amor está hecho de mar, de olas en la distancia del océano y de arena eterna. Yo creía que el amor está hecho de muchas cosas opuestas y verdaderas. Yo creía que nacen lugares para el amor y que, en esos jardines etéreos, la salvación es una brisa que cae suavemente sobre el rostro.

Me acostaba por la mañana. Despertaba al atardecer. Me sentaba en la mecedora y fumaba en ayunas, con los ojos fijos en la montaña. Al fondo, su cuerpo de árboles y de tierra me había horrorizado desde niño. Durante años, al mirar la montaña, me imaginaba una piedra pequeña, una piedra muy pequeña rodeada de negro, asfixiada, me imaginaba un grano pequeño de tierra en el interior negro de algo tan grande que no podía imaginármelo en el negro infinito. Y pensaba en la oscuridad durante años, du-

rante siglos, muerto rodeado de muertos, muerto entre millones de muertos, en la oscuridad. Sin darme cuenta, todo ese miedo desapareció en aquellos días en los que conocí el amor y viví hechizado. Al fondo, la montaña era un silencio gigante y muy verde. La montaña era su distancia y el cielo infinito que la rodeaba. Fumaba en ayunas hasta que me empezaba a temblar el brazo derecho. Sonreía. En la luz que iluminaba el mundo con su transparencia, me temblaba el brazo y sentía que sonreía, porque era ella la que, en mi interior, hacía que el brazo temblase. Estaba sentada, envuelta en una oscuridad que me parecía benévola. Su rostro blanco me miraba. Sus rodillas, que sobresalían del vestido, eran una mañana de luz. Sus manos sobre el regazo eran el silencio magnífico de las cosas blancas, bellas y puras. Yo la veía sonreír cuando sonreía. Y sonreía siempre. Cuando la noche penetraba uniformemente en todo, me levantaba y desaparecía por el largo pasillo de la casa. Quizá pasase junto a mi madre, que hablaba por teléfono, quizá pasase junto a la esclava miriam, que ordenaba cualquier cosa o barría con los ojos bajos, en el extremo de la escoba, quizá pasase junto a mi madre inmóvil, que se olvidaba de algo, quizá pasase junto al recuerdo de la esclava madalena, que se preocupaba por todo y todo lo organizaba, quizá pasase junto a la esclava miriam, que seguía a mi madre con un abanico o con un vaso de agua, quizá pasase junto a la esclava miriam o junto a mi madre, y entraba en la sala, me sentaba en el escritorio, enamorado, pensando frases y palabras.

Octubre trajo una lluvia constante, trajo una brisa que limpiaba el mundo con su nitidez. En la primera semana de octubre, el olor de la tierra mojada y de la hierba entraban por la casa y la llenaban de octubre. Indiferente a todo, mi sonrisa. Mi alegría. Me despertaba sonriendo, mantenía la sonrisa en todos sitios y me dormía sonriendo. Y ella me sonreía con una luz y un amor que leía en sus ojos, también sonrientes. Los labios eran un deseo in-

terior de felicidad. Los ojos eran un deseo interior de felicidad y una sonrisa. Esta sonrisa de días y días era contagiosa. Creo que vi a mi madre sonreír más de lo normal, todas las personas me hablaban sonriendo y creo, incluso, que vi a la esclava miriam casi sonriendo. Fue un día, después de bañarme. La esclava miriam llegó con la ropa en un brazo y, con el otro, me dio una toalla vieja y gastada. Me levanté de la bañera y, cuando la miré, desnudo y ridículo, me pareció encontrar el principio de una sonrisa en la timidez de su rostro. La esclava miriam no sonreía desde que murió su madre. Mi padre, enfermo, en la cama, rodeado por mi madre, que le cogía la mano, por la esclava madalena más lejos, por la esclava miriam y por mí, ordenó a la esclava madalena que fuese a buscar el hacha a la pared de la sala de armas. Mi madre tenía en el rostro una tristeza infinita, tenía una vida entera de esperanza que terminaba con una humillación. Mi madre renunció a sí misma. Triste, triste, llorando en su interior, gritando en su interior una enorme amargura, un océano de amargura en su interior, penas. Mi madre y su sufrimiento, y su vida entera, salieron de la habitación. La esclava miriam y yo nos quedamos solos y callados, viendo a mi padre tan enfermo. La esclava madalena entró en la habitación, cogiendo el hacha con las dos manos, y lo puso sobre el regazo de mi padre. Mi padre, pálido y delgado, lo cogió y dijo acércate. La esclava madalena se acercó cabizbaja y con los brazos pegados al cuerpo. La esclava miriam y yo, inmóviles, abrimos más los ojos. Mi padre, usando sus últimas fuerzas, levantó el hacha en el aire y acertó en el pecho de la esclava madalena. Al caer de espaldas en la cama, mantuvo los ojos abiertos sobre el techo. Nadie gritó. Sólo se oyó el sonido del hacha en la carne, el sonido de las costillas que se rompían. Nadie gritó. El filo del hacha separándose de la carne y de la sangre, saliendo de dentro del pecho. La sangre fría y fresca y líquida sobre la piel y, más roja, empapando las sábanas

blancas. Y, cuando la esclava madalena cayó sobre la cama, mi padre miró el cuerpo y la sangre, la miró, levantó el hacha y lo dejó caer sobre su cara. El filo se clavó junto a la nariz, entre los labios y los ojos. Mi padre, con los ojos como dos pozos muy profundos de agua cristalina, perdió las fuerzas y cayó muerto sobre el cuerpo y la sangre de la esclava madalena. Ese día, con una vaga noción de la vida, creí que había aprendido el significado más profundo del amor.

La noche, el tiempo en que mi mano derecha estaba temblando y en que escribía, era el camino que ordenaba mis días. En mi interior, ella pasaba el tiempo con la dulce somnolencia que permanecía en su cuerpo tras ser escrita, después de que la escribiese, tras mezclarnos en las palabras. Y me miraba. Me veía. El tiempo pasaba casi indiferente a sí mismo. Le había prometido a mi editor que iría a visitarlo y, una semana más tarde, para cumplir la promesa, tuve que levantarme temprano. Con la cabeza pesada por el sueño, con los ojos borrosos, aparté las ramas de yedra que habían crecido en la puerta del garaje. Toda nuestra casa estaba rodeada de yedra. Todos los meses, la esclava miriam cogía la escalera y apartaba las hojas pequeñas y las ramas más jóvenes que se metían en las ventanas y en el escudo. En primavera, los pájaros anidaban entre las ramas y las hojas de yedra. También entonces la esclava miriam cogía la escalera y echaba abajo los nidos con un palo. Los pajaritos, recién nacidos, se quedaban piando en el suelo, abandonados, con sus cuerpos desnudos y feos, la piel negra y las cabezas grandes; piaban hasta desfallecer, hasta morir, hasta que la piel empezaba a mezclarse con la tierra y se pudrían, hasta convertirse tan sólo en sus pequeños esqueletos lavados por la lluvia. Toda nuestra casa estaba rodeada de yedra. Vista desde la montaña, nuestra casa era un pequeño montículo verde con ventanas, con una terraza y con un escudo de piedra. Había estado escribiendo toda la noche

y, a mi lado, tenía ya treinta páginas escritas. Al escribirlas, había sentido palabra a palabra, casi letra a letra. Eran las treinta páginas más importantes de mi vida. Al escribirlas, había vivido. Eran treinta páginas que eran todo mi amor y mi esperanza. Sentado al escritorio en el que pasaban los años, nos mirábamos mucho: ella en mi interior y mi mirada en mi interior, junto a ella. Me temblaba el brazo y, con el bolígrafo, escribía en hojas blancas cada una de las palabras que la pronunciaban. Ella sentía que las palabras la tocaban. Ella cerraba lentamente los ojos. Y el tiempo en que mantenía los párpados cerrados era tocarme, era tocar el sol y, en la piel, absorber toda su luz. Yo, que no podía tener en los brazos aquella vida interior que era toda mi vida, que no podía darle la mano, que ni siquiera podía acariciar lentamente su cara, lo hacía todo escribiendo. En las palabras escritas nos tocábamos realmente. Como dos personas sobre la tierra. Nuestras miradas tiernas existían en las palabras. Dentro de cada una de las palabras existían mil palabras, y también cada una de esas mil palabras tenía dentro mil palabras. Incluso esas palabras que existían dentro de otras palabras eran enormes, porque también tenían dentro mil palabras que tenían dentro mil palabras. En las palabras escritas éramos posibles. Nuestro amor. Todo. El mundo. Por eso, aquellas eran las treinta páginas más importantes de mi vida. Por el pequeño camino de piedra que precede a la autopista, conducía mi coche y sabía que la amaba. Los árboles se inclinaban un poco más a mi paso y, antes de que llegase, dejaban caer hojas amarillas, como si dejaran caer lágrimas.

Cuando el guardia nos abrió la puerta, éramos muchas personas las que estábamos esperando. Entramos en fila. El guardia confirmaba el nombre de los presos que íbamos a visitar. ¿En qué pabellón está? Entrábamos. Después, escribíamos en un papel todo lo que llevábamos para los presos. ¿Cuántos paquetes de tabaco? El guardia

sospechaba de mis treinta páginas y las examinaba. Después, vaciábamos los bolsillos sobre el mostrador, nos descalzábamos, nos quitábamos el cinturón y pasábamos por la máquina. Pitaba. Quítese los anillos, las pulseras y los collares. Pase otra vez. Pitaba. Pase otra vez. Pitaba. Pitaba. El guardia, enfadado con nosotros o con la máquina, nos registraba. Puede seguir. En la sala de visitas, el uniforme azul de mi editor. Me senté, y él ni siquiera dijo hola ni me preguntó cómo estás, miró las treinta páginas en mi mano, como si las pidiese. Se las di. Las cogió muy deprisa, abrió mucho los ojos y los sumergió dentro de la página. Indiferente a los niños que hacían un corro a nuestro alrededor y que, en coro, gritaban cabrón cabrón, leía. Como si estuviese solo en el mundo, leía. Yo lo miraba, incómodo. Y, por primera vez, la alegría sencilla del amor que sentía se alteró. Lo veía leer como si la devorase, como si devorase a aquella que me pertenecía, como si devorase a aquella que era pura y que yo adoraba en un amor puro. Lo veía leer como si la tocase o la quisiese tocar, lo que para mí era el mismo crimen. Asqueroso. Cogía las páginas con ambas manos y era como si la cogiese por la cintura desnuda. Los ojos desencajados examinaban cada detalle de su cuerpo y sólo veían piel y sexo donde yo veía amor, amor, ternura y pureza. A veces sacaba la lengua para humedecerse los labios y resultaba todavía más asqueroso. No lo aguantaba. Sentía un fuego que me ardía. Intentaba cerrar los ojos para verla en mi interior y no era capaz. Hacía fuerzas con los párpados, hacía todas las fuerzas que podía y no era capaz de cerrar los ojos. Sólo era capaz de ver la avidez de sus ojos, sólo era capaz de ver el gran silencio de mi muerte lenta, mi tortura más infinita, el fuego rasgándome con cuchillos de fuego. Y cuando, por fin satisfecho, me entregó las páginas y una mirada de placer saciada, me levanté y salí. Sé que mi editor se quedó mirándome, sin ser capaz de hablar. Atravesé el corro de niños que nos rodeaba y,

a mis espaldas, cada vez más lejos, les oía gritar cabrón cabrón.

Después vino el mes de la noche. Los días no nacieron durante un mes. Los relojes, ajenos al mundo, seguían marcando la hora, pero era siempre de noche. La luz de la electricidad no tenía fuerza suficiente como para iluminar la oscuridad del mes de la noche. Si alguien encendía una lámpara, ni siquiera se distinguía la pequeña luz de la presencia de una lámpara encendida. A veces iba a la terraza. Miraba el cielo negro, el lugar en el que imaginaba nubes que pasaban lentas frente al lugar donde imaginaba la forma nebulosa de la luna, las estrellas borrosas en su sitio. Miraba la oscuridad absoluta, las calles vacías, el miedo de los ruidos nocturnos. Escuchaba la lluvia. Sentía la lluvia acariciándome la piel, como puntitos de luz imaginada. En mi interior, su rostro era una voz enfadada: las cejas fruncidas y enfadadas, los ojos acusadores y enfadados: como una voz enfadada que me reñía por no creer en ella. Yo creía en ella, pero no podía olvidar lo que imaginaba de mi editor mientras la leía, no podía olvidar lo que para mí era terrible. Nos conocíamos lo suficiente como para enfadarnos. Creíamos que nos conocíamos. Yo no me conocía a mí mismo, pero creía que la conocía. Nos pertenecíamos el uno al otro lo suficiente como para enfadarnos. Y el mes de la noche me envolvía. Mi madre pasaba el tiempo durmiéndose en cualquier sitio donde se apoyase. La esclava miriam aparecía por los recodos más oscuros de la casa con los ojos brillantes. La mano derecha me tembló durante todo el mes de la noche. Y no era capaz de escribir. Escribía poco. Cuando cerraba los ojos para verla, en su rostro enfadado sólo podía ver su belleza entristecida. Tan sólo veía su mirada bella y triste por estar en mi interior y haberme sido robada. Su piel, sus hombros, su melena desfigurada por haber perdido la pureza, sólo tristeza en su imagen. Y no era capaz de escribir. Escribía poco. La mano derecha me tembló durante

todo el mes de la noche y, como consecuencia, sólo sufrimiento, sólo ansiedad. Y no era capaz de escribir. Escribía poco. Pensaba mucho. Daba muchas vueltas. Y escribía una palabra y un punto final: palabra. Pasaba horas obligándome a escribir una palabra y, después, pasaba horas repitiéndola, hechizado por su tristeza, porque todas las palabras eran tristes. Al despertar, siempre abría la ventana de mi habitación, encendía un cigarro, apoyaba la mano derecha en el alféizar y pensaba siempre en ella y en mi editor y en mí. A veces, oía algún ave lejana o algún perro ladrando. Y, por muy lejos que estuviese, parecía siempre cerca dentro de aquella oscuridad sin distancia.

Los celos son el odio y el miedo. Es ver un rostro que sonrío y querer aplastar ese rostro y esa cabeza que sonrío con una piedra, querer poner esa cabeza en el suelo y tirarle encima una piedra pesada, querer ver cómo una piedra aplasta esa cabeza, dejar caer una piedra y ver cómo rompe ese cráneo, ver cómo rompe los dientes y toda la sonrisa, los ojos perforados como yemas y ver cómo se esparce por el suelo todo lo que había dentro de la cabeza: la sangre, los sesos deshechos, trozos de hueso y de cartílagos. Ver el cuello decapitado, con venas abiertas derramando sangre, y sonreír. Es querer huir hacia donde no exista todo aquello. Es ver sólo el silencio de las voces y asustarse mucho. Es temblar sin parar en las noches que existieron, que sentí, dentro de la noche grande, de la noche única del mes de la noche.

Si no estaba escribiendo, vagaba por la casa como si fingiese ir a algún sitio, huyendo. Como si tuviese algún destino, como si fuese a hacer algo, vagaba por la casa porque no conseguía estarme quieto, porque tenía que salir de donde estuviese para ir a cualquier otro sitio del que tendría que salir para ir a otro sitio del que tendría que salir también. Ella me perseguía en mi interior. Yo caminaba por el pasillo, entre bultos de gatos. Entraba en la sala. Me sentaba. Ella me miraba, acusándome o pidiéndome

que la creyese. Y me levantaba. Caminaba por el pasillo. Entraba en el comedor, daba una vuelta alrededor de la mesa. Entraba en una de las habitaciones de invitados, olía el ambiente cerrado, me tumbaba sobre la cama fría, quizá escuchaba fuera la lluvia. Ella, de pie en mi interior, me decía con una mirada grande que no había razón para sufrir. Y me levantaba. Caminaba por el pasillo: el sonido de los pasos de una multitud de gatos caminaba conmigo. Entraba en la cocina, entraba en la despensa. Ella me perseguía en mi interior. Entraba en el salón, me sentaba en una de las sillas de seda. Ella. Los hombres pintados en las paredes, en cacerías infinitas, me miraban a través de la oscuridad con una lanza apuntando a un jabalí. Ella. Los ángeles pintados en el techo levantaban la cabeza, detrás de las nubes, para verme. Ella. Caminaba por el pasillo. Entraba en el cuarto de baño. Llenaba el lavabo de agua, en mi memoria la piedra era blanca y gruesa, sumergía las manos, sumergía los brazos hasta los codos, me limpiaba en la toalla suave, de tan vieja. Ella, con una mirada, me pedía que la creyese. Iba al piso de abajo. Ella me perseguía en mi interior. Entraba en la biblioteca, elegía un libro con la punta ciega de los dedos, lo abría y lo cerraba. Ella me miraba. Entraba en la sala de armas y salía con el frío del metal envolviéndome bajo la piel. Ella me miraba. Me sentaba junto a la chimenea apagada de la sala de abajo. Su mirada no me dejaba respirar. Las hojas de yedra chocaban contra los cristales de la ventana. Entre las ramas y las hojas, la imagen negra de la noche y de la lluvia. Sentado, echaba sobre mí el peso de la casa, el peso de las paredes. La casa, más vieja que todas las personas vivas. La casa, que guardaba en su peso austero todo el tiempo de los muertos y de las generaciones. La casa, que envejece aún más: las porcelanas cuarteadas en las vitrinas, los retratos antiguos del pasillo transformándose en caras extrañas, las alfombras gastadas, los objetos rompiéndose lentamente a lo largo de mu-

chos años. Me levantaba y subía las escaleras. Caminaba por el pasillo y los gatos se alejaban de mis pies. Entraba en mi habitación. Ella me perseguía en mi interior. Siempre me encontraba. Cuando me tumbaba en la cama, con los ojos cerrados, viéndola, tardaba mucho tiempo en dormirme.

En el mes de la noche, sin noción del tiempo, las horas todas iguales. Encerrado, el odio y el dolor mezclados me oscurecían más. El silencio, un cuchillo cuando mi editor entraba en mi pensamiento. El rostro de mi editor, la piel de sus manos, sus labios: un cuchillo. En el mes de la noche, mi oscuridad desgarrada. Y ella, su vestido blanco, su cuerpo que un día había sido puro, y que a mis ojos de entonces había perdido la pureza. El odio y el dolor: todas las cosas que no se veían en el espejo y que eran la parte de mí que era yo. Mi rostro en llamas. Un cuchillo abriéndome la piel en llamas. Y la oscuridad sofocante, negra, negra, más negra, más negra que negra, absoluta y negra. La oscuridad acechante. La casa de sombras. Y mi mano derecha haciendo temblar el mundo, el desánimo saliendo de todos los objetos y apoderándose del interior de la ansiedad y el miedo. Ella me miraba enfadada, triste, y se alejaba en mi interior, desapareciendo despacio, más pequeña, a lo lejos, más tenue, en la oscuridad que la rodeaba. Yo, mi mano derecha temblando, yo, la noche infinita en todos los minutos, yo, el fuego, yo, el filo de un cuchillo dibujando sangre en mi piel, yo, el mes de la noche y todas las cosas que, en vano, intentaron matarme.

En el mes de la noche, sin noción del tiempo, el teléfono sonaba a cualquier hora. En días nocturnos en los que llovía constantemente, lluvia, lluvia dentro de la oscuridad, lluvia que existía para mostrar la oscuridad del mundo allí fuera, era casi siempre la dueña del palacio de siliae quien nos llamaba. Muchas veces sonaba el teléfono cuando mi madre estaba dormida, y la dueña del palacio de siliae, muy sorprendida, preguntaba ¿ya está dormi-

da?, y bostezaba. En el mes de la noche, sin noción del tiempo, mi madre terminaba de comer y para ella era como si fuese por la tarde, llamaba por teléfono, y para la dueña del palacio de siliae era como si fuese de madrugada. Sin la noción de tiempo, el teléfono sonaba a cualquier hora. Sonaba como una sirena dentro de nosotros, como un grito dentro de la oscuridad enorme de la casa. Cuando, a aquella hora de la noche, sonó el teléfono, oí los pasos de mi madre sobre el suelo de madera, los pasos titubeantes de mi madre gorda, oí después los pasos ligeros de la esclava miriam, cada vez más cerca, oí sus manos pequeñas en la puerta de mi habitación, oí su voz susurrante, que me llamaba. El pasillo y los gatos. Cogí el teléfono y era un poeta. Me decía que fuese corriendo a la cárcel, que mi editor, que mi editor. Una cortina de noche más oscura. Pensé en el odio de cada palabra, pero volví a mi habitación para ponerme el abrigo que tenía las llaves del coche en el bolsillo. En mi interior, ella se acercó, enfadada. Pero, lo lamenté más tarde, mis celos eran más fuertes que su rostro. Las luces abrían caminos en la carretera. No había más coches. Nadie salía de casa. Había dejado de llover. Por la ventanilla entraba el olor interior de la tierra mojada, el olor germinal de la tierra por dentro, mojada y con hierbas frescas brotando, quizá verdes en la oscuridad. En medio de la carretera había ramas, troncos enteros atravesados, había piedras y barro, había animales muertos: perros ahogados, cabras y ovejas, vacas que dormían, muertas. La autopista vacía. La ciudad vacía. Las calles más animadas desiertas. Ningún coche parado en los semáforos. Atravesé toda la ciudad en la oscuridad. El río era un lugar negro y enorme. Las casas formaban colinas. En la oscuridad, sabía que las colinas de la ciudad estaban hechas de tejados y ventanas.

Cuando llegué a la cárcel, como si fuese en otra ciudad, como si fuese en otro país, había una pequeña multitud, había guardias parapetados detrás de sacos de are-

na, con flechas que apuntaban al tejado de la prisión, y había muchas personas curioseando. Salí del coche y me acerqué, sin dar crédito. Todos los presos estaban en el tejado de la cárcel. Y, en medio de ellos, como un héroe, estaba mi editor. Tenían hierros en las manos, trozos de camas, cadenas. Cuando mi editor daba un grito, todos los presos levantaban los hierros y gritaban también. Detrás de sus gritos, dibujando sus sombras, ardían llamas muy altas de colchones. Las llamas en lo alto de la cárcel eran un punto de luz y de odio en la inmensidad negra del mundo. Un punto de luz rodeado por todo el cielo negro y por toda la tierra negra. Y mi editor gritaba y todos los presos gritaban después sobre el tejado de la prisión. Por fin mi editor era respetado. Las llamas intentaban subir por el cielo de la noche. Entre los guardias, muy quietos, vigilando cada movimiento, hubo uno que se levantó y que dio tres pasos hacia atrás, con una lanza. De repente, avanzó un poco e, inclinando el cuerpo hacia delante, giró el brazo e hizo que la lanza volase. El tiempo y el espacio están donde la distancia. Y un minuto puede ser un metro o mil metros, y un metro puede ser un segundo, horas o kilómetros. Cuando la distancia no está regulada, el tiempo y el espacio se transfiguran el uno en el otro. El tiempo, el espacio, la distancia, son las personas dentro del tiempo, del espacio y de la distancia. Por eso, la lanza salió de la mano del guardia en un instante que era mil instantes o que era una hora o un año entero de vida. Por eso, la lanza estaba sola en el aire, suspendida en segundos que avanzaban. Por eso, había muchas noches en aquella lanza apuntada en el aire y en los ojos de mi editor. Los hombres en el tejado de la cárcel, con una expresión de rabia. Las llamas de los colchones como chapas de metal incandescente. La única lanza desapareciendo despacio. Firme, el palo de madera gruesa. La punta de hierro oscuro. Las voces suspendidas. La distancia muy grande: el tiempo lejano, el espacio lejano. Y la lanza más lejos,

avanzando en la noche como un ser de la noche. La cara sudada de mi editor. Y la lanza única llegando al pecho de mi editor. La punta de su filo haciendo un ruido mudo y entrando lentamente, entrando entera dentro de él y saliendo por su espalda. Inundada de sangre, escurriendo sangre.

Atravesado por la lanza, mi editor se quedó de pie, dos pasos atrás y dos pasos adelante, y no cayó hasta que perdió la fuerza en las piernas. Cayó de rodillas y después cayó muerto hacia delante. Se quedó de rodillas, con el cuerpo apoyado en el palo de la lanza. La cabeza caída, los brazos abandonados. Y toda la gente se quedó quieta: los presos con los hierros en la mano, el guardia que había tirado la lanza, los guardias con la cabeza estirada tras los sacos de arena, la multitud. Y empezó a nacer el primer día después del mes de la noche. La luz empezó a levantarse, serena y firme y definitiva. El cuerpo de mi editor. Iluminado por la luz. Vencidos, tristes y solemnes, los presos dejaron caer los hierros en el fondo de los brazos. Caminando entre las cenizas, volvieron a las celdas. Los guardias salieron de detrás de los sacos de arena y, sin prisas, avanzaron hacia la prisión. Poco a poco, la gente se alejó en silencio, hasta dejarme solo. La mañana nacía cada vez más en todas partes. Las aves pequeñas se levantaron detrás de las cosas y llenaron el cielo. El aire fresco era un brillo de cristal. La primera claridad. El mundo que nacía. Permanecí allí. Mi mirada atravesaba la mañana. Mi mirada con la forma del cuerpo de mi editor. Permanecí allí. Hasta que dos guardias llegaron al tejado de la cárcel. Hasta que lo cogieron por las piernas y los brazos, y se lo llevaron. Atravesado por una lanza.

El mundo despertaba. Las puertas se abrían. La luz subía por el cielo y caía formando hilos sobre la tierra. Me sentí feliz por la muerte de mi editor. Sonreí al saber que no podría tocarla nunca más. No podría nunca más leer las páginas que la describían y que eran también su rostro

y su piel. Pero todavía mis ojos no se habían acostumbrado a la claridad de la primera mañana tras el mes de la noche, todavía mis ojos veían su figura dibujada a trazos de claridad en el tejado de la cárcel, y ya me sentía avergonzado ante mí mismo por ser feliz con su muerte. Recordé a mi editor vestido con el uniforme azul, esperando que llegase el sábado, la hora de visita. Mi editor sonreía. Recordé, hacía aún más tiempo, cuando él llegaba a la cocina, nervioso, y pedía a la esclava madalena que me dijese que había ganado un premio en un país en el que las personas viajaban muchos kilómetros para comprar mis libros. Mi editor sonreía. La memoria era un tiempo en el que nacían las mañanas y donde todo acababa bien. Cerré los ojos para verla. Tras el susto, estaba triste. Tenía sus grandes ojos de niña llenos de un lago sereno, tenía una pequeña arruga en la piel blanca y lisa de la frente, tenía los labios delicados temblando muy suavemente. Mis ojos la miraban con serenidad en mi interior. Por primera vez, como si le diese la mano, le hablé. Le dije vamos a casa. Como si me diese la mano, sus ojos fueron todavía más dulces y sus labios delicados y bellos descansaron en una sonrisa.

Faltaba una semana para que acabase noviembre. El día siguiente a la muerte de mi editor fue un tiempo de paz, un tiempo bueno, fue un día tranquilo en el que el viento gritaba tras las ventanas, manchando de miedo la serenidad. Fue el día en el que olvidamos los celos, en que parecía que no pasaba nada que no fuese nuestro amor grandioso, las palabras que escribí después de cenar y la vida, sencillamente. Aquel día, retomé la costumbre de sentarme en la terraza al atardecer. Encendí un cigarro y el humo desaparecía en cuanto tocaba el aire. Sobre las olas suaves de la mecedora, vi el mundo barrido por el viento, vi cómo los árboles de la montaña se agitaban bajo el viento confuso, a un lado y otro, dando la impresión de que era la montaña entera la que se movía. Vi

cómo el viento, por un instante, bajaba de la montaña para deshacer las líneas de humo que subían de las chimeneas, y hacía volar la ropa tendida y se posaba en las ramas del árbol del amor de nuestro jardín, como si estuviese cansado de tanta destrucción. El árbol del amor, en el centro del jardín, no era muy grande, pero era el árbol más viejo de nuestro jardín abandonado. Cuando había un hombre que llegaba por la mañana para arreglar el jardín, el hombre echaba un cubo atado a una cuerda dentro del pozo que estaba junto al jardín. El hombre levantaba el cubo lleno de agua. No juegues junto al pozo. Vete del pozo. Mi madre le tenía mucho miedo al pozo. Cualquiera día tenemos una desgracia en esta casa. Mi madre me decía nunca vayas al pozo. Mi madre me decía prométeme que nunca, nunca vas a jugar junto al pozo. El hombre levantaba el cubo lleno de agua. Las mañanas eran limpias. Yo lo veía. El primer árbol en el que el hombre se inclinaba para echar agua era el árbol del amor. Después, volvía varias veces al pozo con el cubo. Les echaba agua a los demás árboles, a cada uno de los demás árboles. Entre el cubo y la tierra, el agua brillaba. Al final, volvía a tirar el cubo dentro del pozo, y volvía a caminar hacia el árbol del amor, y volvía a echar un cubo entero de agua sobre la tierra donde las raíces del árbol del amor, como manos, como dedos, como uñas, se agarraban. El árbol del amor era el árbol más grande del jardín. Al atardecer, mi padre se sentaba en la mecedora y me contaba siempre la historia de cómo el padre de su padre se había ahorcado en aquel árbol del amor y cómo los hombres, al día siguiente, antes del entierro, serraron la rama de donde había colgado la cuerda, y me contaba siempre la historia de cómo su padre había nacido debajo de aquel árbol del amor en el momento en el que la abuela de mi padre podaba las rosas, y me contaba siempre la historia de cómo un amigo suyo, que nunca llegué a conocer, se había enamorado de una esclava bajo aquel árbol del amor. Había

sido bajo aquel árbol, tan grande y tan viejo, donde yo había soñado cosas que nunca sucedieron. La mayor parte de las veces, había imaginado esos sueños mientras miraba la estatua. La estatua estaba en el jardín desde el día en el que al árbol del amor le salieron las primeras hojas. Era una mujer de piedra. Su cuerpo de mármol blanco tenía todas las formas alisadas por la lluvia y por el viento y por las noches. Era una mujer desnuda de piedra. Era una mujer muerta de piedra. Sus ojos blancos y ciegos solamente veían un mundo que estaba hecho sólo de frío. Sus labios de mármol existían para besar un silencio invisible. Sus manos, apoyadas sobre el pecho, sostenían la tristeza. El mundo estaba muy lejos de toda aquella belleza triste. Su mirada piadosa y ciega. Sus labios sellados durante años y, sin embargo, pronunciando su voz de mármol. Sus manos. Los dedos. La melena sobre los hombros, como agua de piedra que cae de una fuente. Bajo el árbol del amor, miraba la estatua e imaginaba sueños de mujeres de mármol que me miraban y, en mis ojos, veían ese mundo maravilloso y terrible que veía la estatua.

Faltaba una semana para que acabase noviembre. Aquella noche, la cena: lomo y arroz. Mi madre y yo sentados a la mesa. Mi madre, derecha, fijándose en detalles de un comedor lejos de aquel en que estábamos. Yo, con los brazos tendidos junto al plato, sobre el mantel con manchas de lomo y granos secos de arroz, miraba cómo me temblaba la mano derecha. Teníamos el silencio de la tranquilidad. Entró la esclava miriam y su presencia no rasgó el silencio. El suelo no sintió los pasos de sus pies delicados. El volumen de su cuerpo era poco más que su mandil. Llevaba una bandeja llena de comida. La salsa todavía hervía, formando pequeñas burbujas, y la bandeja ardía como metal candente. Sin la expresión de una arruga en su rostro, la esclava miriam la cogía con las dos manos y la colocaba con todo cuidado, en silencio, sobre la mesa. El tiempo de comer. Después, los gatos llenaban el

suelo del salón, mi madre tumbada en el sofá, los dedos de la esclava miriam extendiendo aceite sobre los brazos y las piernas de mi madre hasta que ella empezaba a respirar largamente, más largamente y, después, a roncar. Después, la esclava miriam la ayudaba a levantarse y la llevaba a la cama. Después, yo en el salón; después, yo cerrando los ojos; después, ella y yo; después, después; después, yo sentado al escritorio, las hojas delante, el bolígrafo y ella en cada palabra: luminosa. Sus ojos cerrándose a cada palabra, cada palabra que pasaba a través de mí. Las palabras me atravesaban. Ella: sus ojos. Ella y sus ojos me atravesaban. Por la noche, atravesado por la luz. Por la noche, cuando faltaba una semana para que acabase noviembre, había una luz que venía de la primavera y que me atravesaba. Yo sonreía mucho. Cerraba los ojos a cada palabra. Era muy feliz.

Y ya estaba la luz de la mañana en la ventana. En los cuadrados de cristal de la ventana ya estaba el dibujo borroso de la montaña: la neblina en el cuerpo gigante de la montaña. Los pájaros cantaban invisibles en el cielo, como si los pájaros fueran el sonido de la luz de la mañana. Me levanté de la silla. Los gatos, en ovillos, redondos sobre el suelo del corredor, levantaban la cabeza para verme pasar. La luz de la mañana era gris en los rostros de los retratos. Entré en la habitación. Había una luz que perfilaba los postigos cerrados de la ventana, una luz como fuego. Yo, que era feliz, me desnudé lentamente. Me metí en la cama. El peso bueno de las sábanas y de las mantas y del mundo. Dejé caer los párpados sobre los ojos. Me dormí viendo cómo se dormía.